

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

I

Encontrarás un cuaderno azul celeste olvidado junto al asiento. Tu primera intención será entregarlo al conductor del autobús. Pero antes de que ese pensamiento se formule en tu mente, alargarás la mano para cogerlo y abrirlo. No parece un cuaderno cualquiera. No es agenda ni diario. No posee ilustraciones en su cubierta, salvo un diminuto unicornio plateado envuelto en un círculo. Si ese anagrama pertenece a alguna marca, nunca lo habías visto hasta entonces. Pasarás las hojas con cuidado, avergonzado al principio pero curioso después. Cuando llegues a tu destino, olvidarás todo propósito de desprenderte de él. No al menos hasta que puedas leerlo detenidamente. Sentirás que invades la intimidad de un desconocido, pero los remordimientos darán paso al deseo. Además, como ya has descubierto, no se trata de un diario. Más bien recopila descripciones de tu entorno, hechas por alguien que realizara una ruta similar a la tuya. No es exactamente el mismo trayecto, pero la ciudad no puede ser otra. Detalla localizaciones y edificios del centro, incluyendo varios esbozos a lápiz apresurado. Son lugares que recuerdas muy bien, pero casi todos ellos están descritos, o dibujados, con aditamentos que no reconoces, en los que jamás habías reparado. La totalidad del texto fluye imbuida en una aureola de misterio, como si el autor pretendiera extraer magia de la rutina, convirtiendo el común de sus días en una fabulación viajera. Leerás: “vuelvo a divisar la cúpula a lo lejos. Apenas se distingue entre los árboles, pero sé que sigue ahí. Sé que en el interior del parque se oculta un templo, aunque no haya podido llegar hasta él todavía. Cuando pregunto, la gente me mira con desdén y asegura no ver nada. Ocultan algo. Quizá sean

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

asiduos del templo, y no quieran revelar su existencia a un profano”. Dos páginas más adelante: “hoy regresé caminando a lo largo del paseo. Quería fijarme en los bustos, hace días que tengo la impresión de ser observado por ellos al pasar en el autobús. Me fijé en cada uno de los rostros y pude ver su dolor, cómo luchaban inútilmente por salir de la piedra y volver a la vida. Parecía que susurraban su pesadumbre, implorando ser liberados de una inmovilidad de siglos. Era insoportable estar allí, mirándolos, y no poder hacer nada. Al menos fui consciente de su sufrimiento, al contrario que quienes paseaban por allí, indolentes, ajenos a las caras que les pedían clemencia”.

Es muy extraño. Apenas podrás comer algo y ver la televisión sin dejar de pensar en el cuaderno. Irás temprano a tu cuarto, sumergido de nuevo en su lectura. Te resultará tan inquietante como cautivador. Supondrás que sólo son devanaciones, producto de una mente despierta que no se resigna a la simplona realidad. Un entretenimiento, un pasatiempo, una fórmula creativa para distraer el torpe devenir de lo cotidiano. Y sin embargo, por un momento desearías creértelo, sentirás el ansia fugaz de enfrentarte a lo desconocido. Te gustaría que hubiera misterios a tu alcance, lugares por explorar, paisajes imposibles donde maravillarse y luego salir corriendo. Pero sabes que es inviable, que no pueden ocurrir cosas así en ninguna parte, y mucho menos en tu ciudad. Tu ciudad es gris, descuidada y *desciudadada*, con terribles urbanizaciones de adosados que crecen sin control, con el único río del mundo que no forma un valle sino un simple corredor. Apenas posee entidad propia, vive de espaldas a su historia, abandonada al desarrollo insostenible. Al menos abundan los árboles entre tanto cemento, y eso siempre lo has agradecido.

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

Quién sabe, quizá haya llegado la hora de transformarla, aunque solamente sea en tu interior.

Tendrás dudas: ¿he de seguir este insólito juego?, ¿no debería limitarme a aceptar las cosas como son? Pero te resultará divertido, incluso desafiante, asumir que estás dispuesto a transgredir la realidad. Pensarás con una sonrisa que el cuaderno ha caído en buenas manos: cuando niño, siempre tuviste cierta tendencia a imaginarte inmerso en un mundo de fantasía, ¿lo recuerdas?: te veías a ti mismo en bosques poblados de gnomos, corriendo estupendas aventuras, cuando sólo estabas de acampada con tus padres; o invocabas monstruos en tu habitación, menos atemorizado que ansioso por lo que pudiera pasar; o te preguntabas por esto y aquello, buscando respuestas a enigmas que nunca resolviste una vez dejaron de ocupar tus sueños.

A la mañana siguiente, decidirás hacer la prueba. ¿Por qué no?: saldrás antes de casa, con tiempo suficiente para recorrer el trayecto marcado en una de las hojas sin llegar tarde a la facultad. Mirarás ávidamente a tu alrededor, buscando signos equivalentes a las descripciones del cuaderno. Pasarás junto a ellos, pero no podrás verlos. Todo sigue igual: no hay sirenas en la fuente tratando de escapar de su jaula; ni fluye la sangre por las manos de un criminal que continúa inmortalizado en su estatua. Desconcertado, te preguntarás qué hiciste mal, o qué no hiciste. Posiblemente no prestaste la atención adecuada. O más bien, acabarás pensando, todo esto no sea sino una tremenda tontería. En realidad ya sabías que lo era, pero querías intentarlo. El resto del día se agotará sin mayores hallazgos, y volverás a casa para hundirte en la rutina del sofá. Antes de conciliar el sueño, evocarás los más tenebrosos episodios del cuaderno, tratando de adivinar las razones que pudieron llevar a su autor a

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

escribirlo. Terminarás por encender la luz para leerlo de nuevo. Comprobarás que abunda en sucesos terroríficos, aunque no todo sean hechos luctuosos. Se diría que depende del momento, que unas jornadas destacan por su oscuridad y otras sugieren maravillas o simples divertimentos, posiblemente a tenor del estado de ánimo del antiguo propietario del cuaderno. Es algo muy personal, sin duda, muy ligado a la mente del autor, sospechas, íntimamente relacionado con sus anhelos y elucubraciones. Tú no eres tan siniestro, le darías a estas narraciones un tono más agradable, incluso algo ingenuo. Sí, sería cuestión de probarlo: en lugar de seguir el de otro, recorrer tu propio camino.

Segundo día, segundo intento: con el cuaderno en las manos, abierto por la primera página en blanco, pasarás junto al Palacio de tu niñez, rodeado de las obras de nunca acabar, una isla en medio de un mar de asfalto. Sin embargo, no verás nada de eso, lo verás engalanado con cuentos y canciones, espléndido, casi sonriente. Te detendrás a sus pies y, entre el ir y venir de los transeúntes, advertirás el cambio: algunos de ellos visten como trovadores y juglares; otros portan enseñas heráldicas, capa y birretes; todos se muestran entusiasmados, como si cierto importante acontecimiento estuviera a punto de comenzar en el interior del Palacio. Tendrás que regresar más tarde, cuando todo esté listo. Mientras tanto, seguirás calle arriba, perplejo: donde antes no había más que bancos e inmobiliarias, tus ojos descubrirán el bullicio de la *kashbaa*, del bazar de gentes con su calidoscopio de olores y sonidos; donde hasta ahora veías casas deshabitadas y viejos negocios en ruinas, tendrás ante ti una muralla intacta que acaba junto al Alcázar que siempre estuvo allí sin que acertaras a verlo. Tomarás aliento, y pasarás la página dando un salto de mil años: la Plaza Mayor, en lugar de encontrarse vacía y silenciosa, estará

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

repleta de pancartas y de sus correspondientes manifestantes, que elevan su grito de indignación al unísono con el mundo, pero la guerra les ignora. Subirás con ellos hasta llegar a otra plaza y luego al parque contiguo, aunque para entonces la muchedumbre ya habrá desaparecido como si jamás hubiera estado allí. Cuando entras, no parece haber nadie en el parque, sólo tú y tu cuaderno. Sentirás una brisa refrescante sobre el rostro, y la tentación de sentarte a descansar bajo los árboles.

Entonces sabrás que ha llegado el momento de transcribir tus experiencias al cuaderno, justo a continuación de lo escrito por su antiguo dueño. Pero, ¿cómo hacerlo? No eres la misma persona, y eso debería quedar claro por si alguien más, como tú, llegara a leerlo. Tampoco puedes poner tu nombre, es arriesgado y faltaría el del primer autor. Tú eres la segunda persona que escribe en el cuaderno. Exacto, la segunda persona, ¿recuerdas? Tal y como llegó a tus manos: “encontrarás un cuaderno azul celeste olvidado...”.



**Primer Premio de Relato
Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”**

II

Para transcribir tu historia ocuparás exactamente el resto de las páginas del cuaderno, salvo la última. No porque te hayas ceñido a su extensión queriendo salvaguardar esa hoja postrera para quién sabe qué nuevo propósito o autor, sino porque es justo lo que necesitabas, ni más ni menos. Claro que esa sensación de no haber culminado el cuaderno te dejará unos instantes meditabundo, casi frustrado, mientras te distraes pasando el dedo índice por su contorno. Para tu sorpresa, el cuaderno contiene varias páginas sueltas que no se corresponden con el resto. Los folios, doblados cuidadosamente y entremetidos en el interior rasgado de la contraportada, están dispuestos para ser advertidos sólo tras pasar la última página del cuaderno. Con intensa emoción, dejarás a un lado tu pluma y extenderás las hojas como quien levanta con toda precaución la tapa de un cofre repleto de alhajas, esperando descubrir en su fondo la joya más preciada del botín. Tu sorpresa será aún mayor cuando compruebes que la letra manuscrita te resulta familiar. Leerás detenidamente la separata, y poco a poco te invadirá la fuerte impresión de no haber hecho más que empezar...

poesía

relato

arte en bruto

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

III

Cuando subo en metro viajo con la imaginación. Sueño lugares distantes, aunque tras las ventanillas no haya más que sombras. Mientras mi cuerpo desciende a los infiernos, afuera el cielo está despejado y la luz del día me ofrece la vitalidad de las gentes y los árboles. Imagino que mi vagón madura y se convierte en ferrocarril, pero no se trata de un tren ordinario, pues soy maquinista y viajero al mismo tiempo. Hoy recorro China, y mi destino es Hangzhou, la ciudad en la que Marco Polo quiso contar seis mil puentes.

Es un lunes cualquiera, y ayer descubrí un documental sobre la civilización china, que me inspira la travesía. Hace años engañaba a la rutina elaborando teorías acerca de uno o varios viajeros. Me preguntaba por su destino jugando a adivinarlo, guiándome por su indumentaria, sus bártulos... Pero no dejaba de estar allí abajo, en el túnel. Ahora me embarco en un viaje astral de cuerpo presente. En el momento de romper el encantamiento, de poner pie a tierra y ascender las escaleras hacia el exterior, parte de mí se queda en el tren hasta la vuelta. En la oficina distraigo la alienación viéndome aún a bordo, continuando mi viaje imposible hacia ninguna parte.

A última hora de la tarde regresé donde esperaba mi *alter ego* aventurero. Esta vez, cansado de atravesar el páramo de mi vida diaria, no pude ver más allá de la ventanilla y sólo alcancé a llegar hasta mi hogar. Al final del vagón un mendigo recitaba su letanía de miseria y descarnado abandono. La gente, incómoda, desviaba sus miradas o las depositaba moribundas en los carteles, dejando que el traqueteo inundara sus conciencias. Para no ser menos, detuve mi atención en un periódico cercano. Miraba sin

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

verlo hasta que supe que no reconocía su cabecera. Los titulares que alcanzaba a leer no me resultaban familiares: no pertenecían a la batería diaria de la trinchera política, tampoco resaltaban las estridencias de la desinformación deportiva. Y sin embargo, me hipnotizaba su aspecto: poseía esa rara fascinación de las antigüedades, pues no podía ser sino un viejo ejemplar de anticuario. Me pregunté por la identidad de su dueño, qué clase de excéntrico personaje se ocultaba tras las escasas hojas del diario. Puesto que no le veía la cara, me detuve en su vestimenta: traje gris claro con sombrero a juego, relucientes zapatos negros; no estaba seguro, pero creí ver la cadena de un reloj de bolsillo que asomaba de su chaleco. Bajó en la siguiente parada y fue rápidamente engullido por la muchedumbre; tan sólo entreví un rostro maduro de discreta nariz y cuidada barba.

Volví a casa y, abrumado por el tráfico, sofocado por la aglomeración de edificios entre los que sólo se respiraba contaminación, supuse que todo era fruto de mis invenciones, que había vuelto a distraerme y había construido un personaje a jirones de realidad, tal y como hacía constantemente durante mi frustrada época de escritor. Enterré el asunto hasta el día siguiente cuando, a la misma hora y en el mismo trayecto, tuve idéntico encuentro.

En esa ocasión constaté que el viajero leía el diario *El Sol*; no el mismo ejemplar del día anterior, sino el correspondiente al día y mes en curso. Pasaba las hojas con delectación, sonriendo a veces y maldiciendo otras. Parecía que su lectura le fuera novedosa, a través de sus gafas sin montura se translucía un inusitado interés por lo que tanto tiempo atrás fuera actualidad. Aquel hombre siempre efectuaba el mismo recorrido (yo le alcanzaba en Ríos Rosas

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

y él bajaba en Tetuán) leyendo el periódico del día (algo que no tendría nada de particular si no fuera porque llevaba setenta años de retraso).

Recuerdo vagamente la luz de *El Sol*, algo sabía de su importancia durante los años veinte y treinta, antes de que la dictadura oscureciera el paisaje informativo en su generalísima y abrumadora extinción del pensamiento. Creo que leí un artículo relacionado con la gran cantidad de rotativos de aquella época, sí, el periodista se maravillaba de la ansiedad que los acontecimientos del momento provocaban en el ciudadano, ansiedad que contrasta con el desinterés actual.

¿Se trataría entonces de alguien que reivindicaba la lectura, no ya leyendo, sino invocando tiempos donde la prensa escrita fundamentaba la vida social? O quizá reclamara más consideración sobre aquellos años en los que este país pretendió ser futuro y no presente y no pasado. Curiosa manera de llamar la atención, en todo caso. Los días pasaron y ya no pude más que viajar por mis divagaciones acerca de mi vecino de vagón. Aunque no siempre coincidíamos, la ida a la oficina la ocupaba pensando en él, cuando no buscándolo con mirada inquieta. Lejos de obsesionarme, me lo tomé como un acertijo, un juego del que probablemente yo era creador y único participante.

Finalmente, me decidí a seguir sus pasos, su lugar de trabajo podría proporcionarme una buena pista. Se trataba de alguien pulcramente educado, cedía el paso en andenes y escaleras y se disculpaba al menor encontronazo. Aquel día, al salir dobló el periódico con sumo cuidado y lo introdujo en su gabardina. Anduvo toda Bravo Murillo arriba hasta que, por un diabólico azar en forma de semáforo, le perdí a pocos pasos de la Plaza de Castilla. Traté de seguirle con la vista hasta que, despistado, mis ojos se detuvieron en una de

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

las bocas de metro que flanquean la plaza con su interminable hálito de idas y venidas. Había recorrido mi trayecto de todos los días hasta el intercambiador, esta vez caminando por encima de dos estaciones subterráneas. El mismo trayecto de siempre, las mismas estaciones. El misterio se complicaba.

Mi aversión hacia el metro como lugar lúgubre, adherido siempre a la oscuridad y la rutina, monstruo abisal de mil cabezas, se extendía irremediablemente a su lamentable corporativismo. Mientras los trenes incumplen horarios y se averían, su flamante propaganda los muestra tan impolutos como las conciencias de sus propietarios. Fantástica publicidad que se justifica en lo virtual despreciando la realidad. Recientemente la bestia ha sido dotada de cientos de ojos ciegos que expulsan noticias envasadas al vacío y, por supuesto, anuncios. Los andenes se han convertido en salas de cine mudo, y dicen que esta nueva invasión no tardará en llegar al interior de los vagones. A veces pienso que la noche emerge de los túneles inundando el exterior, y con ella la inmundicia que convierte a la metrópoli en simple tránsito de robots huecos, autómatas de la producción y el consumo.

Aquella mañana me gané una importante bronca en la oficina por mi retraso, que disculpé simulando un ataque de tos. El resto de la semana la exprimí haciendo planes para el sábado, igualándome por un momento al resto de mortales oficinistas del mundo. No es que caiga en la vanidad de sentirme mejor que nadie, pero uno acaba conociendo y clasificando a sus compañeros en las dos eternas categorías: quienes se someten al sistema apretando los dientes, reticentes pero incapaces de abandonar su comodidad en pos de sus ideas; y quienes ni siquiera saben que exista un sistema al que están sometidos. Me pregunté en qué grupo debería adscribir al viajero enigmático, y

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

quise pensar que en ninguno, como yo pretendí años atrás sin conseguir más que frustraciones y un cajón lleno de sueños de papel.

Harto de direcciones de Internet hasta de la panadería de la esquina, jamás supuse que visitaría la del suburbano. Hubiera preferido acercarme a la vetusta biblioteca de mi barrio, un lugar más apropiado para esta historia que esa maraña de redundancia telemática donde la araña de la nueva economía atrapa y devora nuevos consumidores. Pero los entresijos de la red, como los del mundo, ofrecen pasadizos a la esperanza, que recorro a hurtadillas gracias a la conexión que mi empresa facilita a sus empleados y sospecho no tardarán en vigilar, por si acaso. Así pude averiguar lo que andaba buscando: el Metro de Madrid nació en 1919, creciendo progresivamente hacia su trazado actual. En la década de los treinta la línea azul sólo llegaba hasta Tetuán, no fue hasta mediados de siglo que extendió su brazo para alcanzar Plaza de Castilla. Justo lo que había supuesto.

Llegó el día de Saturno y madrugué para recorrer el anillo de librerías de viejo que envuelve el centro de la ciudad. Alguna vez me había detenido en los escaparates, sin atreverme a penetrar en su santuario. En los alrededores de Opera y la calle Mayor visité varias de ellas, guiado por una página arrancada de la guía local. Al entrar, los libreros parecían evaluar mi atuendo y mis maneras como si tuviera que superar un examen de ingreso en su orden monástica. Pregunté una y otra vez por periódicos del periodo republicano sin obtener más que variaciones de “son muy difíciles de encontrar”, o bien “están completamente agotados”.

Terminaba ya mi infructuosa odisea libresca cuando, a falta de un solo establecimiento, decidí cambiar de estrategia. Me había quedado claro que mis

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

confusas miradas a libros y librero, mis preguntas sin apenas mediar saludo, y posiblemente la hoja arrugada que me asomaba del bolsillo de la chaqueta no eran credenciales de un buen cliente. Debía existir una fórmula secreta para sacar de su mutismo a aquellos señores adustos y graves que se obstinaban en mantener bajo llave sus conocimientos.

Más allá del mercado de San Miguel, tras sortear diversas callejuelas ajenas al estruendo de la gran urbe, encontré el último lugar de mi lista. Pensé que se encontraba cerrado, y es que antes de entrar había de afrontar una nueva prueba: no se veía a nadie en su interior, pero un escueto rótulo señalaba la necesidad de llamar al timbre del portal contiguo. Esperé unos minutos. Al cabo apareció un joven que me franqueó el paso al interior de la librería y, ante mis pesquisas, fue a avisar a su padre. Dándome por vencido, supuse que quien con tal parsimonia atendía su negocio no estaría muy dispuesto a ayudarme. El local sólo poseía dos pequeñas habitaciones atestadas de libros, junto con una mesa de época a modo de despacho. Sin caja registradora, ni teléfono, ni calculadora, mucho menos ordenador. Incluso me pareció que la luz escaseaba pese a que el sol brillaba afuera. En la salita del fondo los libros estaban protegidos con vitrinas, recubiertas por una pátina de polvo que parecía certificar la antigüedad de los ejemplares. De las vitrinas pareció salir, a través de una cortina disimulada en las sombras, el dueño de todo aquello. Lucía bigote, pelo entrecano y una mirada atenta y vivaz. No era muy mayor, quizá apenas sobrepasara el medio siglo; su ropa bien podía haber sido la mía. Despidió a su hijo y me confesó que, lamentablemente, no poseía periódicos antiguos. Enseguida respondí con una sonrisa: “Es lógico: a nadie le interesa lo que pasa en el mundo, menos aún lo ocurrido hace décadas”. Picó

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

el anzuelo: “¡No me diga! ¿Leer el periódico? Habría que enseñarlo en las escuelas, en lugar de dejar que la gente se rija por su propia mediocridad”. “Pero preferimos no saber para mantenernos ajenos a la realidad”, añadí. “¿Preferirlo? No se crea. Lo prefieren ellos, ya sabe, los que están en el poder, quienes nos controlan”, sentenció. “¿Usted cree que no mostramos interés porque nos dominan, cuando tenemos acceso a múltiples vías de información?”. Sin alterar apenas su tono de voz pausado, replicó: “Precisamente. Nos dominan por exceso, no por defecto como en otras épocas. Cuando ocurre un desastre de cualquier tipo nos ofrecen imágenes desde todos los ángulos y a todas horas, pero no se relaciona la información con sus causas, ni sus antecedentes, todo es de usar y tirar”. Hablaba lenta pero tajantemente, desgranando las palabras hasta llegar al núcleo de su discurso: “Para analizar algo hay que poseer las claves del asunto, usted me entiende, hay que saber lo suficiente para descifrar lo que se nos dice, de lo contrario somos meros receptores de datos, sin criterio alguno”. Me lo dejó fácil: “Somos televisores, si me permite la broma”. Me la permitió, y de buen grado.

Así proseguimos durante cierto tiempo, ufanos en nuestro intercambio de opiniones. Supe que había trabajado para una gran editorial y, asqueado de los usos y abusos de la industria, abandonó y trocó sus ahorros en libros raros y curiosos. Se lo tomaba como una diversión, acudía regularmente a las ferias del gremio para encontrarse con sus colegas y profundizar en el siempre insondable mundo del libro antiguo. Reconoció que los libreritos suelen mostrarse críticos, que el oficio requiere identificar cierto *savoir faire* en el comprador. Sin embargo, añadió, una vez se supera ese peculiar protocolo el librero de viejo es para toda la vida, incluso amigo y confidente si se tercia. En

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

cuanto a los periódicos, gracias a él supe que los más buscados datan precisamente de la Segunda República y, sobre todo, de la Guerra Civil. Los coleccionistas son muchos y los ejemplares rescatados del olvido y la destrucción muy pocos.

Finalmente obtuve las señas de uno de sus colegas: no poseía tienda alguna, atendía exclusivamente por catálogo y se ocultaba bajo el nombre de una deidad de la antigua Babilonia. Entre sus muchas especialidades figuraba la Guerra Civil, pero era reacio a desprenderse de material histórico a menos que el cliente fuera de gran confianza. Acordé con mi recién hallado amigo que, sin necesidad de mencionarme, trataría de adquirir para mí algún número de *El Sol*. Nos despedimos con un efusivo apretón de manos hasta el sábado siguiente. Al salir, sentí que el viejo Madrid me saludaba con un guiño cómplice, al que respondí homenajeándolo con un paseo por los alrededores: hasta la Plaza Mayor, tascas a un lado y almonedas al otro; la calle Cruz, sucia y destartalada pero ahíta de vino y tapas; el laberinto de Santa Ana hasta la Puerta del Sol, perdido en el recuerdo de poetas tan célebres como ignorados. Hacía tiempo que no me detenía así en las calles, paladeando el sabor añejo de la Villa, sintiendo bajo mis pies las piedras erosionadas por cascos de caballos, comprobando que no siempre estuvo anegada por nuestro actual estrépito, que hubo una época de sombreros, corteses saludos, encerronas y estoques, drama y comedia, mentideros y medias verdades. De alguna manera, mi reciente inquietud por lo antiguo me arrastra a otra época. A mi alrededor, la ciudad demanda su pasado con un grito sordo, reclama la memoria de sus habitantes y la atención por su legado. Pero las limusinas del

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

ministerio pasan de largo y no se detienen hasta llegar al lujo de sus despachos, donde administran vacío mientras se llevan un tanto por ciento.

Volvía a ser lunes, y de nuevo tuve ocasión de viajar con mi acompañante favorito. Ahora le observaba con otros ojos, queriendo traspassarle en busca de la verdad. Tras mis averiguaciones, la primera explicación que me vino a la mente fue tan repentina como rocambolesca: tenía que ser un fantasma. Pero ningún fantasma, por incorpóreo, se disculparía tras tropezar con la gente. No había más remedio que entablar conversación con él. No a la ligera, desde luego, sino de manera que me permitiera descubrir las razones de su peculiar costumbre. Nuestras miradas no tardaron en encontrarse. Creí ver una breve sonrisa en su rostro, y me pareció que me indicaba que mirara en derredor. Los pasajeros alzaban absortos la cabeza en una misma dirección, siguiendo tal vez los acordes de un himno silencioso que les mantenía hipnotizados. Algunos de ellos sostenían libros y revistas, que yacían a un lado huérfanos de atención. Sólo mi compañero de viaje continuaba su lectura. Concentrado como estaba en mi tarea, no había reparado en que, por fin, habían instalado monitores dentro de los vagones. Me atreví entonces a sentarme junto a él, inquiriendo: “¿Qué lee usted, caballero?”. “La prensa del día, naturalmente”, fue su amable respuesta. “En estos días ya nadie parece interesarse por la prensa”, añadí repitiendo su anterior gesto. Enarcó las cejas, como haciéndose cargo de la situación: “No siempre fue así, desde luego. Pero es posible que haya llegado el momento de aceptar nuestra derrota. Los años no pasan en balde, joven. Y ahora, si me dispensa...” El tren llegaba a su parada. Mientras yo trataba estupefacto de descifrar sus palabras, inició un ritual que ya me era familiar: se levantó pausadamente, dobló y

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

guardó el periódico, se caló el sombrero y bajó al andén, no sin antes saludarme con un leve asentimiento.

El resto del día me fue ajeno, llevé a cabo mis tareas maquinalmente, la mente empeñada en resolver el enigma. Pasaron los días, y con ellos el lienzo de mis esperanzas fue tiñéndose de fatalismo ante la posibilidad de que, por motivos que se me escapaban, no volviera a verle. Sin embargo, justo el día que recibí la llamada del librero requiriendo mi presencia, le divisé en un vagón contiguo: ahora mis ensoñaciones estaban allí dentro, del mismo lado de los cristales. Como no pude abordarle, caminé hasta la librería decidido a compartir mi inquietud. Ya durante la víspera pensé en confesar al librero el porqué de mis requerimientos, sin duda no encontraría nadie más apropiado. Nada más llegar accedió a mostrarme el periódico que su colega había tenido a bien regalarle. Según me dijo, no poseía ya colecciones completas y se había desprendido de los números sueltos, conservando tan sólo aquel, que correspondía a una fecha emblemática. Puesto que lo había obtenido como regalo, no podía menos que obsequiarme con él, a lo que me negué repetidamente hasta que me ordenó aceptarlo. Con el diario en mis manos tuve la sensación de recibir una majestuosa herencia o, mejor aún, que se me concedía el símbolo de ingreso en la singular logia bibliófila. Logré convencer al librero para invitarle a cenar, con la promesa de hacerle partícipe del misterio que me atormentaba. A los postres, cuando al fin terminé el relato, me animó a continuar con mi propósito, elogiando la idea de acudir con el diario: “No podrá resistirse a un reclamo así. En todo caso, querido amigo, manténgame informado. No todos los días tiene uno la impresión de hallarse dentro de un folletín”.

Primer Premio de Relato Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”

De modo que hoy es 14 de abril de 1931. Una fecha señalada. Las elecciones municipales marcan una fuerte tendencia republicana del pueblo español, harto de pronunciamientos y guerras interminables. Durante todo el día se celebrarán actos espontáneos de júbilo y adhesión a la República. Cientos de madrileños reunidos frente al Palacio de Oriente increparán a Alfonso XIII, que se dispone a abandonar el país esa misma noche. Antonio Machado desplegará la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia. Miguel de Unamuno, Gregorio Marañón y Ortega y Gasset preparan sus artículos de prensa, menos eufóricos que satisfechos, preocupados por los posibles desórdenes civiles. Esos artículos serán publicados en el diario *El Sol*; pero no hoy. Hoy es 14 de abril de 1931. Una fecha memorable, que luego será enterrada por toneladas de sangre y olvido. Todavía no. Hoy sigue siendo primavera. Hoy debo coger el subterráneo, como todos los días. Allí me encontraré con un viejo amigo, republicano hasta la médula, y nos abrazaremos orgullosos de nuestra victoria en las urnas. Ambos llevaremos el periódico bajo el brazo, como todos los días. Y, sin embargo, tendré la impresión de que mi amigo ya no está. Pensaré que el tiempo ha podido con él, que necesitaba un descanso. Que ha logrado encontrar alguien que le releve, alguien que prosiga su misión. Alguien que recuerde que, un día como hoy, fue 14 de abril de 1931.

poesía

relato

arte en bruto

**Primer Premio de Relato
Agustín Lozano de la Cruz “Cuaderno”**

IV

Ahora ya estarás listo para completar esa página final. Tu tarea no había concluido aún. Retomando la pluma, volverás a la última página del cuaderno. Ya está. Es muy sencillo, sólo hay que poner por escrito tus pensamientos, lo has hecho antes. En todo caso, tendrás que vigilar esa tendencia tuya al despiste, que te convierte en alguien lo suficientemente distraído como para abandonar por descuido un cuaderno azul celeste en el asiento del autobús, por no recordarte que eres capaz incluso de olvidar por completo que en ese cuaderno tenías escondido un cuento sobre la memoria.

